

La masacre de Avellaneda bajo la mirada del diario La Nación.

Gielis, Leandro y Barrera, Marcelo.

Cita:

Gielis, Leandro y Barrera, Marcelo (2007). *La masacre de Avellaneda bajo la mirada del diario La Nación. IV Jornadas de Jóvenes Investigadores. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-024/102>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/e7ne/dhb>

**Instituto de Investigaciones Gino Germani
Cuartas Jornadas de Jóvenes Investigadores
19, 20 y 21 de septiembre de 2007**

“La masacre de Avellaneda bajo la matriz del diario La Nación”

Leandro Gabriel Gielis¹ y Marcelo Silvio Barrera²

*“Yo en patas y hambreado soy la violencia
Y ellos armados me hablan de paz”*

Rafael Amor

Una breve introducción

En este trabajo, haremos un análisis de la mirada que el diario *La Nación* construyó, a partir de sus editoriales luego de producirse la represión policial que provocó los asesinatos de Maximiliano Kosteki y de Darío Santillán, durante el corte del Puente Pueyrredón organizado por múltiples organizaciones de las clases subalternas el 26 de junio de 2002, en lo que se conoce como la “Masacre de Avellaneda”

Como puede observarse en el párrafo anterior el objeto mismo en el que hemos de profundizar mediante su análisis es el resultado de dos dimensiones recíprocamente relacionadas, ya que en los fragmentos textuales que componen las noticias y opiniones políticas de un periódico, se articulan los caracteres del discurso, la función y los efectos de los medios de comunicación, las relaciones de poder entre las clases sociales y sus diversas fracciones.

A continuación veremos que aún realizando la separación analítica de estas dos dimensiones, desde nuestra perspectiva y a partir de nuestro objetivo en esta ponencia, su comprensión, sólo es posible a partir de la articulación antedicha.

Apuntes para pensar el discurso

Como lo señala la autora Dominique Maingueneau (1980) uno de los problemas con los que se encuentra toda investigación que pretenda realizar un análisis del discurso, es que de ningún modo se trata de una empresa con contornos fáciles de trazar, sobre todo por el influjo y el prestigio que ha tenido el estructuralismo lingüístico inaugurado por Saussure. Según la autora lo que sucede de manera frecuente es que quienes encaran un análisis del

¹ Licenciado en Sociología, CONICET-IIGG-UBA, leangiel@yahoo.com

² Licenciado en Sociología, CONICET-FSOC-UBA, marcebarrera@hotmail.com

discurso tienden a homologar la definición de discurso con la definición de habla de Sausurre. Para este pensador lengua, no es lo mismo que habla ya que:

Al separar la lengua del habla (*langua e parole*), se separa a la vez: 1º lo que es social de lo que se individual; 2º lo que es esencial de lo que es accesorio y más o menos accidental. (...) la lengua no es una función del sujeto hablante, es el producto que el individuo registra pasivamente; nunca supone una premeditación (...). El habla es por el contrario, un acto individual de voluntad e inteligencia. (Sausurre, citado en Maingueneu, 1980: 57).

La autora señala que, cuando se define al discurso, tal como Sausurre definió el concepto de habla (y como actualmente lo hacen ciertos analistas), se corre el riesgo de interpretar al discurso como si se tratara de simples enunciaciones contingentes que emergen a partir de la voluntad de un sujeto hablante, quién aunque ha adquirido las reglas de la lengua de forma inconsciente y así mismo las utiliza, elucubrara siempre de forma consciente los enunciados que transmite y que también serían diáfana e inmediatamente comprendidos por todos los receptores, hacia los cuales estas enunciaciones siempre “elegidas inteligentemente” se han dirigido según el sentido que este ha querido otorgarle.

Evidentemente si seguimos esta perspectiva se reduce el discurso a la capacidad individual de su enunciación, perdiéndose de vista la relación existente entre los enunciados que emergen y las condiciones sociales que lo hacen posible y que según Michel Foucault, remiten tanto a las múltiples prácticas sociales cuyo soporte son, así como a toda una serie de otros discursos. Por tanto la emergencia de determinados enunciados no puede circunscribirse a la racionalidad y la consecuente capacidad de un individuo o de un grupo social para expresar una discursividad inteligible a partir de su propia continuidad y lógica interna, sino que las formaciones discursivas emergentes hay que pensarlas como el resultado de acontecimientos donde se anudan y convergen un haz de relaciones en las que están implicadas las prácticas sociales con sus consecuentes mecanismos y procedimientos en que se sustentan:

Es indudable que los discursos están formados por signos; pero lo que hacen es más que utilizar esos signos para indicar cosas. Es ese más los que los vuelve irreductibles a la lengua y la palabra. Es ese más lo que hay que revelar y describir. (Foucault, 1997: 88)

Con la alusión a ese “más” de los discursos al que hay que prestar singular atención, Foucault se refiere a que toda enunciación que sale a la luz solo puede comprenderse a partir de la urdiembre social y las relaciones de poder que lo hacen posible. No obstante dichos enunciados no representan un epifenómeno pasivo, o un mero reflejo de la realidad de la que

emergen, sino que su complejidad radica en las situaciones que asimismo incitan, provocan y reproducen.

Siguiendo estos lineamientos, los autores de la corriente de investigación denominada “Análisis crítico del discurso” (ACD), analizan el uso del lenguaje en el habla y escritura cómo una *práctica social* en la que los sucesos discursivos responden a cierto contexto y estructura social que lo enmarcan pero también les da forma, es decir lo social moldea el discurso pero este a su vez constituye lo social: constituye situaciones, la identidad social de las personas, las relaciones entre los grupos y las representaciones del mundo social.

De este modo consideraremos al discurso como todo enunciado que emerge a partir de un contexto social en el que adquiere un sentido, pero otorgándole a su vez sentido al contexto desde donde se hace posible su emergencia. Es decir que el discurso no actúa como una “superestructura” de las relaciones sociales que se encontrarían en la base desde donde se hace posible un discurso que la represente, sino que el discurso actúa constituyendo y reforzando tales relaciones. Por ello, Foucault dirá que “el discurso no es simplemente aquello que traduce las luchas o los sistemas de dominación, sino aquello por lo que y por medio del cual se lucha, aquello de lo que uno quiere adueñarse” (Foucault, 1999: 15).

Por lo tanto, los fragmentos enunciativos de los que daremos cuenta en esta ponencia, serán analizados a partir de considerar su aparición en la escena pública, no sólo como el resultado de la voluntad de una determinada labor periodística, la que a partir de una mera conciencia profesional de los integrantes de una redacción elaborara un discurso original, de invención exclusiva, cuya formulación estuviera más allá de toda referencia social, y su estatuto de sentido se ofreciera de manera directa sin tal referencia, siendo que esta es en definitiva la que lo hace posible e inteligible. Por el contrario, consideraremos a los fragmentos mediáticos-discursivos como puntos nodales en los que convergen las representaciones del mundo social construidas en las relaciones en las que las fracciones de clase que pugnan entre sí, tanto por el sostenimiento de determinado posicionamiento en ese mundo, -producto a su vez de la resolución de enfrentamientos sociales anteriores-, así como por un cambio de posición en el mismo, elaboran, expresan e intentan difundir una visión particular sobre el mundo social y sobre las dimensiones de este que se desean preservar o modificar.

La prensa escrita

Al utilizar como soporte documental un periódico tradicional y masivo de nuestro país, como lo es el diario *La Nación*, resulta importante explicitar algunas de las

características que resaltan distintos investigadores sobre la comunicación mediática y que debemos tener presente a la hora de analizar la trama discursiva que será objeto de nuestro análisis.

Un primer punto relacionado con aquello que concluimos en el acápite anterior, es que, la prensa, por su carácter masivo, se constituye en una herramienta importante para la difusión de las representaciones elaboradas socialmente a partir de las relaciones entre las fracciones de clase, que se componen de las distintas visiones del mundo social susceptibles de ser construidas a partir de las distintas posiciones y de la reproducción de relaciones de la que estas dependen para su sostenimiento o su transformación .

Por ello es que, siguiendo a Van Dijk (1997) consideramos que es relevante interrogarse acerca de las *condiciones de producción* del campo mediático ya que dichas condiciones resultan decisivas al momento de entender el carácter social de las ideas que encuentran mayor difusión, como de aquellas otras que son silenciadas. Uno de los indicadores más importante acerca del carácter social de tales ideas está dado por quienes efectivamente ejercen el control sobre los medios y pueden de este modo regular el acceso al discurso mediático masivo, posibilitando que se difundan determinadas ideas y limitando o deformando al mismo tiempo visiones alternativas de las fracciones sociales que por su posicionamiento social tienen un acceso más restringido a la opinión pública. (Van Dijk, 1997).

Llegados a este punto debemos preguntarnos si lo publicado en los medios de comunicación de masas deviene a partir de una actuación pasiva de las mismas en relación con las élites con las que interactúa o, por el contrario, si los puntos de vista desarrollados en sus páginas son el producto de una posición autónoma e independiente. Para contestar este importante interrogante no podemos perder de vista que los medios de comunicación de mayor trascendencia social son estructuras empresariales que están controladas por fracciones sociales dominantes, cuyos intereses coinciden en muchos aspectos con los intereses de otras fracciones sociales dominantes. No obstante, no estamos en condiciones de aseverar que esa coincidencia objetiva de intereses se traduzca en una coincidencia inevitable (y mecánica) de todas las ideas que se transmiten en los medios y las otras fracciones sociales. En primer término porque no puede decirse que exista una homogeneidad absoluta entre tales intereses y esta discordancia puede traducirse también en las luchas que se entablan entre las cúpulas sociales sobre temas variados en los cuales no necesariamente siempre coinciden, y por su posición especial de transmisor de las noticias consideradas relevantes y en las que pueden

reflejarse dichas disputas, en alguna coyuntura específica los medios pueden acordar con alguna de las posturas en pugna y en otro momento oponerse a la misma.³

Lo que está claro, a pesar de las discordancias que puedan manifestarse, es que existe una mutua dependencia entre los medios de comunicación y los sectores dominantes, dado que las productoras mediáticas necesitan de las élites como fuentes de información, actores y temas, y a su vez, las segundas necesitan de la prensa como un importante vehículo para legitimar socialmente su poder y su dominación. Es por ello que no podemos afirmar taxativamente tanto la independencia de los medios para elaborar una agenda pública, así como su dependencia absoluta en su elaboración específica. Sólo podemos afirmar es que los discursos que se esbozan en sus páginas son el producto de estas complejas interacciones.

Un análisis posible de las editoriales publicadas luego de la “Masacre”

Las editoriales constituyen un tipo específico del discurso en la prensa escrita, ya que en ellas se expresan las opiniones del medio sobre los sucesos sociales que tienen mayor relevancia y que generalmente son descriptos en las noticias destacadas del día. El propio periódico genera este espacio editorial para intervenir a partir de sus líneas en las discusiones candentes sobre la vida social y política del país y, a pesar de ser, elaboraciones textuales en las que subyacen opiniones y creencias parciales sobre la realidad social que se comenta, da la impresión que sus escribas tienen la pretensión de que funcionen como una especie de guía “pedagógica” que informa, al mismo tiempo que dicta su veredicto acerca de los comportamientos sociales esperados que preserven los valores fundamentales del orden social legítimo así como de aquellos otros comportamientos “desviados” que lo ponen en peligro y que atentan por tanto sobre toda la sociedad.

Si como lo señala McQuail (1986), los medios tienen la capacidad de proveer un cuadro consistente sobre el mundo social que puede conducir al público a adoptar esa versión de la realidad que se le ofrece, compuesta por determinados valores, normas y expectativas, debido, entre otros, a la periodicidad y masividad de sus notas, así como la confianza que se le dispensa socialmente como órgano legítimo y por tanto creíble para que informe sobre una amplia gama de acciones, personajes, sucesos, lugares e historias, que en la mayoría de los casos no son vivenciados de manera directa por sus lectores. De esta manera las líneas

³ El acceso que tienen los sectores dominantes a los medios posibilita también lo que en la jerga periodística y política se denominan “operaciones de prensa”, las que tienen por objeto instalar en la opinión pública determinados hechos y personajes negativa o positivamente. Al respecto podemos aventurar que esta utilización de los medios de comunicación constituye una poderosa herramienta para generar consensos en torno a determinados proyectos políticos, y también para desacreditar y deslegitimar a determinadas personificaciones sociales, a las ideologías y valores que encarnan. En suma, los medios se constituyen también en un espacio donde se expresan las luchas sociales.

editoriales son el ámbito de expresión donde se explicitan y se intentan reforzar el sentimiento hacia los valores sociales dominantes.

En las columnas de editoriales estos valores se presentan como verdades universales, sobre todo cuando se registra un aumento en la intensidad de la conflictividad social, y sus ideólogos pueden sentir amenazadas sus verdades por quienes ejercen acciones que se apartan de lo socialmente esperable y aceptable: “los medios masivos proporcionan una fuente importante de conocimiento, en una sociedad segregada, de cuál es realmente el consenso y cuál es la naturaleza de la “desviación”. Los medios son responsables de promover *pánicos morales*, identificando a las víctimas propiciatorias y actuando como guía del control social” (Cohen, citado por McQuail, 1986: 60, el subrayado es nuestro)

Por tanto podemos pensar que las editoriales refuerzan y reproducen ciertas visiones del mundo social ocultando el carácter ideológico parcial de tales visiones a partir de un discurso que deja traslucir una posición frente a determinados temas fundamentada en valores trascendentales como el “bien común”, “la república” “el derecho”, “la paz social” “la seguridad pública”, etc. Al respecto, podemos tomar las palabras de Luis Mitre, director del diario La Nación en 1944, quién se refirió de este modo sobre el rol que deberían cumplir las editoriales del diario que comandaba: “preservar la doctrina, es decir, la defensa de las instituciones y los medios de estimular el adelanto del país en sus más variadas manifestaciones es objeto de su continuo desvelo. Si no fuese así no cumpliría sus obligaciones para el pueblo” (citado en Sidicaro, 1999: 9).

Analicemos entonces, el desvelo por cumplir con las *obligaciones para el pueblo*, expresado en las editoriales del diario medio siglo después de aquellas prometedoras palabras del descendiente del artífice del diario, Bartolomé Mitre, en un contexto de masivas movilizaciones sociales de los sectores más empobrecidos y perjudicados por las políticas neoliberales aplicadas sistemáticamente a partir del genocidio efectuado por el gobierno de facto (1976-82) con la complicidad de amplios sectores de la sociedad civil. En una de estas manifestaciones el día 26 de junio fueron asesinados por la policía bonaerense Maximiliano Kosteki y Darío Santillán dos jóvenes militantes de distintos movimientos piqueteros que habían lanzado y coordinado un Plan de Lucha en reclamo de mayor asistencia mediante planes sociales y en contra de la política económica del gobierno.

La Editorial del día posterior a la masacre se titula con un sugestivo **“Del Piquete a la Tragedia”**, título que configura y en el que se resume el sentido global que, cómo veremos más detenidamente, se expresan en los párrafos de la editorial. No obstante detengámonos por un momento en este breve titular ya que el mismo deja entrever la inevitabilidad de un suceso

fatal (**Tragedia**) a partir del método de protesta que venían implementando las organizaciones (**Piquete**). Precisamente al nominar de este modo la responsabilidad de lo sucedido recae sobre las organizaciones, ya que son las que realizan los piquetes, siendo su persistencia en estas acciones, -al igual de lo que sucede con los personajes de las tragedias que inflexiblemente y guiados por sus pasiones acometen empresas que los conducen a un destino fatal-, lo que desencadenó las muertes. No hay posibilidad que hayan influido otros actores sociales, todo sucede a partir de un destino inevitable prefijado al margen de otros actores y responsabilidades.

Ya en el primer párrafo se profundiza la idea de la tragedia, cuando se afirma que “era de suponer que las tensiones que desatan habitualmente actos ilícitos como los cortes de caminos por organizaciones de piqueteros iban a provocar algún día un trágico saldo como el producido ayer en Avellaneda”. En este párrafo además se define a la protesta como un acto ilícito, es decir que precisamente quién se conduzca por fuera de la ley se traza un trágico destino.

Con objeto de persistir en esta idea sobre la responsabilidad de los piqueteros por las muertes de Santillán y Kosteki, se enuncia que:

Corresponde lamentar estos tristes episodios de violencia, y de manera especial, la irreparable pérdida de vidas humanas. Si bien la justicia deberá investigar a fondo los sucesos, poniendo particular esmero en determinar si la policía utilizó balas de plomo (...) como las que habrían causado la muerte de dos personas, caben también otras consideraciones.

Las consideraciones que hay que tener en cuenta según La Nación y que explicarían los sucesos radica en el propio método que utilizan los piqueteros,

El mecanismo de protesta de los piqueteros, lamentablemente extendido a lo largo y ancho del territorio nacional, viola preceptos constitucionales (....) Si a esto se añade que buena parte de quienes organiza los piquetes concurren armados, cómo mínimo con palos y otros objetos contundentes, no hace falta abundar en más precisiones para concebir a estas manifestaciones como auténticos hechos de violencia. Frente a estas manifestaciones, y a partir de **esta violencia originaria, no caben dudas**. El deber de las autoridades es garantizar el respeto a la ley, evitando provocaciones y atropellos de imprevisibles consecuencias (el subrayado es nuestro).

Se abona aquí la teoría de que hubieran sido los propios piqueteros quienes produjeron los asesinatos, ya que es la propia **violencia originaria** que ellos representan la que se hubiera vuelto hacia ellos mismos, y es por eso que según el diario:

No parece sensato hablar de represión indiscriminada cuando las imágenes de la televisión mostraron a los manifestantes de Avellaneda en una actitud francamente hostil.

Es en este momento donde se introduce en el texto al otro actor relacionado con los acontecimientos, esto es la policía, pero esta no habría reprimido indiscriminadamente, sino que en la afirmación anterior se deja traslucir que habría actuado defendiéndose de la actitud hostil. Las fotos y cámaras de video mostrarán todo lo contrario cuando detengan sus focos en la persecución y el fusilamiento realizado por policías sobre Maximiliano Kosteki y Darío Santillán mientras se replegaban tras la represión. Darío al ver herido a su compañero se detuvo para auxiliarlo y allí lo asesinaron.

Para *La Nación*, por tanto, resultaba razonable que los propios piqueteros sean objeto de causas penales y que no se persiga judicialmente a quienes actuaron para hacer respetar la ley:

Es de esperar que desde distintos sectores de la sociedad y desde la justicia no se insista en equivocados criterios -como los expuestos con motivo de los trágicos incidentes en la Plaza de Mayo, en diciembre último- por los cuales quienes actúan conforme con la ley terminan siendo castigados por cumplir con su deber, mientras que los generadores de los desórdenes no reciben sanción alguna.

Desde la propia editorial se solicita protección para los policías porque cumplieron con su deber, y se juzga a los propios piqueteros por la muertes, y la justicia debiera ser firme con ellos porque son los responsables de los sucedido, idea que ya se insinuaba en el titular que analizamos, ya que para *La Nación*: “Lo sucedido ayer no es más que el producto de acciones delictivas que han superado todos los límites a los que debe acotarse la legítima protesta, violando libertades básicas de toda la población”. Se vuelve a poner énfasis en la responsabilidad de lo piqueteros, ya que nuevamente las personificaciones policiales que actuaron en el operativo represivo vuelven a esfumarse al final del texto.

La editorial publicada dos días después del 26 de junio bajo el título **“Desterrar la violencia”** se inscribe en un proceso de largo aliento que busca la construcción de la valoración negativa de la figura del piquetero como un Otro Amenazante. Comienza caracterizando lo ocurrido en esa fecha como el producto de un estado de desquicio colectivo, así:

Si dejamos que la irracionalidad, la intolerancia y la violencia sean el telón de fondo sobre el cual se recortan nuestras conductas cotidianas, seguramente desembocaremos en frustraciones cada vez más graves y pondremos permanentemente en riesgo las bases de la paz social y de la unión nacional

Frase que conlleva implícita una interpretación de las acciones colectivas que protagonizaron (según la visión de *La Nación*) los actores (luchadores sociales), una exégesis que “... combina en su retórica las connotaciones sociales y culturales negativas del lenguaje

condenatorio de la masa que encontramos en autores clásicos como Le Bon” (Farinetti, 2005: 243). La masa es descripta como una turba que se mueve irreflexiblemente, “disturbios causados por grupos piqueteros”, presentan a la muchedumbre como un conjunto desordenado, violento, cargada de impulsos incontrolados, y no como “un conjunto específico de personas que quieren y padecen cosas” (Farinetti, 2005: 244).

Pero la reproducción cotidiana de la construcción negativa del Otro no se constituye sólo a partir de una edificación unidimensional sino que, por el contrario, se vuelve posible y real si se asienta en torno a dos procesos complementarios: un proceso de presentación positiva de un Nosotros y de representación negativa del Otro. Por lo tanto:

Nadie desconoce los gravísimos efectos sociales de la crisis que atraviesa el país. *Pero* (el subrayado es nuestro) todos los sectores de la población deben tomar conciencia de que sus reclamos y sus manifestaciones de oposición a las políticas en curso deben ser formulados por caminos que no configuren una amenaza para las instituciones democráticas y con métodos que no dañen el clima de convivencia que posibilita la vigencia misma del Estado de Derecho.

Por oposición al Otro (luchador social) que se empeña en realizar sus demandas bajo canales no previstos por el andamiaje institucional, subyace la figura de un Nosotros auto-valorado positivamente dado que se encuentra comprometido con la defensa de las instituciones públicas (no es casual que no especifique a cuáles de ellas se refiere) y altamente preocupado por la defensa del Estado de Derecho.

Un mecanismo retórico usualmente esgrimido en la construcción y presentación del Otro negativamente es la utilización de la negación aparente (Van Dijk), en la que, luego de una frase que aparenta cierto grado de complejización del análisis surge el “pero” para legitimar un comentario negativo. Asimismo, el mismo opera como una concesión aparente (Van Dijk), dado que si bien no se desconoce la crisis social que nos envuelve, ello -en los ojos de La Nación- no debe legitimar la protesta.

Luego de abordar la problemática del racismo vinculado a la inmigración en su país natal, el autor holandés construye una tipología de la construcción negativa del Otro que contiene tres momentos:

- A) la valoración negativa de los otros/ valoración negativa de la diferencia: por ejemplo, ellos hacen esto y nosotros hacemos esto otro pero aquello que nosotros hacemos es superior a que lo que hacen ellos.
- B) Asociación de los inmigrantes con la violación de normas: cuando las personas del grupo blanco en Holanda hablan sobre los inmigrantes casi siempre expresan que son

personas que violan la ley, que hacen cosas que están contra las normas establecidas.

Es la asociación de las minorías con la criminalidad, con la violación de las normas.

- C) Extensión de la diferencia a una amenaza: en Holanda la inmigración es percibida como invasión, son personas que se desplazan para tomar nuestros empleos, nuestra tierra, nuestro barrio.

La editorial que nos encontramos analizando reproduce “magistralmente” estos tres momentos. Como antes reseñábamos:

todos los sectores de la población deben tomar conciencia de que sus reclamos y sus manifestaciones de oposición a las políticas en curso deben ser formulados por caminos que no configuren una amenaza para las instituciones democráticas

En tal frase la editorial expresa de un manera subterránea una oposición entre un Otro negativizado que se expresa en el espacio público ilegítimamente frente a un Nosotros que enuncia sus demandas de un modo institucional, apelando a la forma correcta, superior.

La asociación del Otro con la violación de las normas, con la criminalidad es un recurso que atraviesa toda la editorial, en tal sentido “cuando la inseguridad impera en sus espacios públicos”, o “los disturbios causados por grupos piqueteros” que “apelan irresponsablemente a procedimientos irreconciliables con el respeto a las libertades y los derechos de los demás” son ligazones constituyentes de la asociación antes mencionada.

Sólo luego de la estigmatización del Otro como inferior y criminal la operación de construcción de la diferencia como amenaza se vuelve posible. El Otro “atenta contra la seguridad individual y colectiva” por lo tanto, “cuando se apoya o justifica los sórdidos métodos de agresión utilizados por los piqueteros no hace otra cosa que avivar la hoguera del odio, la decadencia institucional y la barbarie”. Nuevamente es actualizada la tradicional dicotomía sarmientina, la imagen de la barbarie es recurrente en el diario *La Nación*, ya que se inscribe en el imaginario de las fracciones sociales a las cuales este interpela a partir de un único amenazante, como lo es “el miedo de recaer en un estado de desorden absoluto” (Svampa, 1998: 24). Como acertadamente enuncia Claude Lefort:

Los discursos que pueden imputarse a la burguesía se refieren (...) a una democracia bajo la amenaza de una descomposición de la sociedad como tal. Las instituciones, los valores proclamados: la Propiedad, La Autoridad, La Patria, son presentados como muralla en contra de la barbarie, contra las fuerzas desconocidas de un afuera que pueden destruir la sociedad, la Civilización (Lefort, citado en Svampa, 1998: 24).

El Otro se identifica con la barbarie irracional, violenta y peligrosa, mientras que el Nosotros se equipara con la civilización racional, pacífica, y violentada. Tal construcción de

sentido se traduce, en el marco de la editorial, en un desplazamiento manifiesto de la responsabilidad en la masacre, por el cual, la misma es el “...trágico signo de la recurrente incapacidad de cierta dirigencia gremial para encontrar vías pacíficas de negociación...”, invisibilizando brutalmente a la agencia policial policía como la institución que efectuó la represión que causó dos muertes.

Frente al diagnóstico sombrío de la protesta social (desde la perspectiva del lector de *La Nación*) que construye la editorial, propone como superación de la crisis que antes destacó políticas de corte represivo, por lo tanto “...es necesario que las autoridades preserven el orden público con la máxima firmeza y rechacen cualquier conducta que atente contra la seguridad individual y colectiva”.

Sostiene Van Dijk (1997) que las editoriales frecuentemente finalizan con una recomendación, en nuestro caso no es una excepción,

Quienes conducen los movimientos de protesta social deben ser, a su vez, hoy más que nunca, cuidadosos y reflexivos. El precio que hay que pagar cuando esa responsabilidad se descuida, se mide con frecuencia, en vidas humanas, como se comprobó dolorosamente anteayer.

Una recomendación que fácilmente puede confundirse con una intimidación a las clases subalternas.

Conclusión

El análisis de las editoriales permite apreciar un “movimiento” que efectúa *La Nación*, mientras que en la editorial del primer día luego de acaecida la “Masacre” la interpretación y construcción de la escena del diario fundado por los Mitre gira fundamentalmente por responsabilizar a los sectores piqueteros por lo sucedido, argumentando que dado que sus actos -para la perspectiva que estamos analizando- han sido actos delictivos y violentos, y que por lo tanto fueron los causantes de las muertes. En la editorial aparecida dos días después de la “Masacre”-ante la evidencia de los hechos-, ya no se constituye una ligazón directa entre los sectores subalternos y las muertes, sino que la operación simbólica para estigmatizar a los luchadores sociales es más compleja y contiene más mediaciones, intentan formar la construcción y representación negativa de un Otro a partir de los mecanismos ya descriptos.

El análisis de las editoriales que hemos realizado, permite apreciar como a partir de los enunciados emitidos desde el Diario *La Nación* se va construyendo una estructura de sentido, en la que se irá manifestando la ideología del medio y que funcionará como el esquema de referencia básico desde el cual los lectores interpretan los hechos.

Si definimos a la ideología a partir de la conceptualización que realiza Van Dijk, como un *sistema de creencias* evaluativas que normalmente comparte un grupo y donde el lenguaje, los textos y la comunicación cumplen un rol central para el aprendizaje, transmisión, inculcación y complementación de tales creencias, podemos observar cómo los discursos de sendas editoriales se irán integrando conformando un horizonte de sentido que circulará socialmente en torno a la protesta social y sus protagonistas.

Mientras que en la editorial del primer día luego de la "Masacre" la interpretación y construcción de la escena por parte del diario fundado por los Mitre girará fundamentalmente en inculcar la responsabilidad a los sectores piqueteros por los crímenes, argumentando que las protestas de las organizaciones de desocupados constituyen actos delictivos y violentos, la editorial aparecida dos días después de la "Masacre"- y ante la evidencia de la responsabilidad de la policía como autora de los crímenes-, el discurso del diario ya no establece una ligazón directa entre los sectores subalternos y las muertes, sino que se desplaza complejizándose e incorporando nuevos elementos a partir de los cuales se construye un simbolismo con el que se estigmatiza a los luchadores sociales, y mediante el cual forjan representaciones sociales negativas de un Otro peligroso en el que se encarna la barbarie, cuyas actos pueden destruir los cimientos de la civilización.

Por último, y como fue señalado al comienzo de este escrito, de ningún modo consideramos que esta construcción de sentido deviene de la inventiva original y propia de quienes escriben en el diario, sino que, al ocupar el propio medio un lugar en el entramado social, y al funcionar como transmisor público de los sucesos sociales relevantes, su discurso puede pensarse como los nudos de un reticulado cuyos hilos están compuestos por las diversas posiciones ideológicas de las distintas fracciones sociales enfrentadas, sea para oponerse a alguna de esas fracciones, que en los ejemplos analizados resultan ser las fracciones representadas por los piqueteros, nutriéndose y reforzando, al mismo tiempo, las ideologías que sustentan las fracciones de signo contrario, que en nuestro caso serán las fuerzas sociales partidarias de un orden asimétrico basado en lógicas políticas y económicas mediante las cuales se expropia, reprime y margina a amplios conjuntos humanos.

Pensamos que los discursos de diferentes personificaciones con poder social se retroalimentan reforzando la posibilidad de generar una visión única y legítima sobre los hechos, de este modo, los enunciados de las editoriales de La Nación analizados no solo se articulan nutriendo con determinados sentidos a la opinión pública, sino que lo hacen nutriéndose a su vez de los enunciados provenientes de otros portavoces privilegiados, y por lo tanto no resulta casual que el Secretario de Seguridad del Gobierno de Duhalde, en el año

2002, y ex agente de la SIDE durante el gobierno de facto, el Dr. Juan José Alvarez, intentará justificar los crímenes afirmando que: “Había entre los manifestantes una actitud de provocación que lamentablemente se dio” (...) “No digo que **los violentos** fueran todos, sólo algunos” (La Nación 27 de Junio de 2002 “El gobierno cree que hubo infiltrados entre los piqueteros”) y para el entonces Ministro del Interior Jorge Matzkin, los acontecimientos “no constituyen un hecho aislado y el Gobierno tiene elementos que permiten presuponer que estamos frente a acciones concertadas” sentenciando luego de los crímenes cometidos por el Estado que: “El camino elegido **es el camino de la paz**. No hay lugar en nuestra Argentina para los **violentos**”. (La Nación 27 de Junio “ No hay Lugar en Argentina para los violentos”).

Bibliografía consultada

Farinetti, Marina (2005), *Violencia y risa contra la política en el Santiagueñazo: indagación sobre el significado de una rebelión popular*, en Schuster, Federico, Naishtat, Francisco, Pereyra, Sebastián y Nardacchione, Gabriel (compiladores), *Tomar la palabra. Estudios sobre protesta social y acción colectiva en la Argentina Contemporánea*, Buenos Aires, Prometeo.

Foucault, Michel (1999), *El orden del Discurso*, Barcelona, Tusquets.

Foucault, Michel (1997), *La arqueología del saber*, México, Ed. Siglo XXI.

McQuail, Denis (1986), *La influencia y los efectos de los medios masivos*, en Doris A. Graber (Comp.), *El poder de los medios en la política La Influencia y los efectos de los medios masivos*, Grupo editor Latinoamericano, Buenos Aires.

Maingueneau, Dominique (1980), *Introducción a los métodos de análisis del discurso, problemas y perspectivas*, Buenos Aires, Hachete.

Sidicaro, Ricardo (1999), *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario la Nación 1909-1989*, Buenos Aires, editorial Sudamericana.

Svampa, Maristella (1998), *El dilema Argentino: Civilización o barbarie. De Sarmiento al revisionismo peronista*, Buenos Aires, Ediciones del Cielo por Asalto.

Van Dijk, Teun A. (1997), *Racismo y análisis crítico de los medios*, Barcelona, Paidós.

Van Dijk, Ideología (2006), *Una Aproximación Multidisciplinaria*, Sevilla, Editorial Gedisa.

Documentos

Diarios

La Nación, editorial “Del piquete a la tragedia”, 27 de junio de 2002.

La Nación, editorial “Desterrar la violencia”, 28 de junio de 2002.

Anexo

Del piquete a la tragedia

Era de suponer que las tensiones que desatan habitualmente actos ilícitos como los cortes de caminos por organizaciones de piqueteros iban a provocar algún día un trágico saldo como el producido ayer en Avellaneda.

Por lo menos dos muertos, casi un centenar de heridos y 160 detenidos fue la consecuencia de las refriegas entre manifestantes y efectivos policiales de la provincia de Buenos Aires, al cabo de una jornada de protesta que tuvo su centro a la entrada del puente Pueyrredón, donde medio millar de piqueteros bloqueaban el paso vehicular.

Al ser desalojados del puente, los manifestantes se replegaron por la avenida Mitre y rompieron a pedradas y palazos las vidrieras de locales comerciales y los parabrisas de una veintena de automóviles, además de incendiar dos colectivos en la avenida Pavón.

Corresponde lamentar estos tristes episodios de violencia y, de manera especial, la irreparable pérdida de vidas humanas. Si bien la Justicia deberá investigar a fondo los sucesos, poniendo particular esmero en determinar si la policía bonaerense utilizó balas de plomo –algo que las autoridades de la fuerza de seguridad se han empeñado en negar– como las que habrían ocasionado la muerte de dos personas, caben también otras consideraciones sobre el origen de estos acontecimientos.

Nadie puede desconocer, ciertamente, las penurias socioeconómicas que afectan a la Argentina y especialmente a los sectores más desprotegidos de su población, que sufren las dramáticas consecuencias de una recesión galopante y de un índice de desempleo sin precedente en nuestra historia. Pueden o no compartirse muchas de las demandas de los grupos de manifestantes que recurren con llamativa asiduidad a cortar rutas o calles, pero nadie que defienda las instituciones de la República y la vigencia de las leyes podrá estar de acuerdo con su metodología.

El mecanismo de protesta de los piqueteros, lamentablemente extendido a lo largo y ancho del territorio nacional, viola preceptos constitucionales, tales como los que garantizan los derechos de trabajar y de transitar libremente por nuestro suelo, al margen de ocasionar severos perjuicios económicos al impedir el paso de distintos medios de transporte de pasajeros y de carga, que no pueden llegar a tiempo a sus destinos. Si a esto se añade que buena parte de quienes organizan los piquetes concurren armados, como mínimo con palos y otros objetos contundentes, no hace falta abundar en más precisiones para concebir a estas manifestaciones como auténticos hechos de violencia.

Frente a estas situaciones, y a partir de esta violencia originaria, no caben dudas. El deber de las autoridades es garantizar el respeto a la ley, evitando provocaciones y atropellos de imprevisibles consecuencias.

No parece sensato hablar de represión indiscriminada cuando las imágenes de la televisión mostraron a los manifestantes de Avellaneda en una actitud francamente hostil, como si desde el comienzo estuvieran dispuestos a enfrentarse con las fuerzas del orden.

Es de esperar que desde distintos sectores de la sociedad y desde la Justicia no se insista en equivocados criterios –como los expuestos con motivo de los trágicos incidentes en la Plaza de Mayo, en diciembre último– por los cuales quienes actúan conforme con la ley terminan siendo castigados por cumplir con su deber, mientras que los generadores de los desórdenes no reciben sanción alguna.

Lo sucedido ayer no es más que el producto de acciones delictivas que han superado todos los límites a los que debe acotarse la legítima protesta, violando libertades básicas de toda la población. Es en buena medida responsabilidad de las autoridades, que han dejado llegar demasiado lejos a las organizaciones piqueteras. Cuando un corte de ruta, que es una flagrante violación de la Constitución, es seguido por una negociación con sus promotores y por concesiones ante sus reclamaciones, sólo cabe esperar que su metodología violenta se convierta en sistemática. Si unos y otros no comprenden esto, será imposible crear condiciones para la paz social y la convivencia y la escalada de violencia será cada vez más difícil de detener.

Editorial II

Viernes 28 de junio de 2002

Desterrar la violencia

Si los argentinos no encontramos la manera de canalizar nuestros desencuentros y nuestras protestas por la vía del diálogo y de la negociación pacífica, días aciagos nos esperan. Si dejamos que la irracionalidad, la intolerancia y la violencia sean el telón de fondo sobre el cual se recortan nuestras conductas cotidianas, seguramente desembocaremos en frustraciones cada vez más graves y pondremos permanentemente en riesgo las bases de la paz social y de la unión nacional.

Nadie desconoce los gravísimos efectos sociales de la crisis que atraviesa el país. Pero todos los sectores de la población deben tomar conciencia de que sus reclamos y sus manifestaciones de oposición a las políticas en curso deben ser formulados por caminos que no configuren una amenaza para las instituciones democráticas y con métodos que no dañen el clima de convivencia que posibilita la vigencia misma del Estado de Derecho.

Ningún país puede resolver sus conflictos políticos y económico-sociales en una atmósfera generalizada de desorden. Ninguna sociedad puede aspirar a debatir y esclarecer sus conflictos y a remontar con eficacia sus dificultades cuando la inseguridad impera en sus espacios públicos, cuando sus rutas son cortadas prepotentemente, cuando se apela irresponsablemente a procedimientos inconciliables con el respeto a las libertades y los derechos de los demás ciudadanos.

Los dolorosos enfrentamientos que se han registrado en estos días como consecuencia de los disturbios causados por grupos piqueteros -muchos de ellos con el rostro cubierto, como en los tristes tiempos de la subversión terrorista- deben encontrar una inmediata respuesta en la conciencia moral de los argentinos. La sangre que se ha derramado, trágico signo de la recurrente incapacidad de cierta dirigencia gremial para encontrar vías pacíficas de negociación, debería generar en la sociedad una reacción inmediata, tendiente a modificar de raíz los hábitos de violencia que se están instalando en el campo de la protesta social.

Es necesario que las autoridades preserven el orden público con la máxima firmeza y rechacen cualquier conducta que atente contra la seguridad individual y colectiva. La dirigencia política, en general, debe comprender que tiene sobre sus espaldas una alta responsabilidad y que cuando apoya o justifica los sórdidos métodos de agresión utilizados por los piqueteros no hace otra cosa que avivar la hoguera del odio, la decadencia institucional y la barbarie. Es lamentable, en ese sentido, que dirigentes como Adolfo Rodríguez Saá y legisladores del Frepaso y de otras corrientes hayan respaldado el comportamiento de los grupos que iniciaron los disturbios en el puente Pueyrredón y sus inmediaciones y hayan enjuiciado con severidad a la policía por los métodos de que se valió para contenerlos. También debe lamentarse que desde el campo de la Iglesia -con declaraciones puestas en boca de un cardenal, luego desmentidas- se haya considerado que el "caos social" puede llegar a ser "la única respuesta" ante la falta de alternativas en materia laboral o asistencial. Es imprescindible que la dirigencia de todas las vertientes de la vida nacional extreme su prudencia en esta hora crítica de nuestra historia y que en todos los casos la responsabilidad prevalezca sobre cualquier otra especulación.

Quienes conducen los movimientos de protesta social deben ser, a su vez, hoy más que nunca, cuidadosos y reflexivos. El precio que hay que pagar cuando esa responsabilidad se descuida se mide, con frecuencia, en vidas humanas, como se comprobó dolorosamente anteayer.

Nota en la sección Política
Miércoles 26 de junio de 2002

Según Alvarez, la protesta fue "violenta e irracional"

El secretario de Seguridad defendió el accionar policial en el puente Pueyrredón y dijo que se investigará hasta las últimas consecuencias

El secretario de Seguridad, Juan José Alvarez, expresó esta noche que "quienes se manifestaron hoy los han hecho de una manera violenta e irracional" y defendió el accionar policial en la represión de los piqueteros en Puente Pueyrredón, aunque advirtió que el Gobierno investigará "hasta las últimas consecuencias".

"Hubo personas dentro de la manifestación que pedían auxilio porque corrían riesgo", dijo Alvarez en la quinta de Olivos, luego de una reunión de gabinete convocada por el presidente Eduardo Duhalde.

El funcionario señaló que la orden que recibieron las distintas policías para el operativo de hoy fue que "las manifestaciones pacíficas debían ser toleradas y respetadas", no obstante lo cual puntualizó que "las fuerzas policiales fueron agredidas".

"A partir de ahí (de la agresión), las policías que actuaron continuaron despejando la zona, siendo víctimas de una fuerte violencia. Se han visto agresiones con una honda, con armas de fuego como ha denunciado un chofer de colectivos: escopetas, armas y bombas molotov", sentenció el funcionario.

Alvarez afirmó también que el Gobierno "toma con pesar la muerte de las dos personas: Es un hecho gravísimo que vamos a investigar hasta las últimas consecuencias".

En el mismo sentido, indicó que está interesado que se aclaren judicialmente las muertes.

Consultado acerca de los grupos piqueteros que se enfrentaron con la policía, Alvarez dijo: "Había un gran mayoría que venía con palos, estaban preparados con ellos... Casos como lo de la bomba molotov no había sucedido antes".

Asimismo, advirtió que el Gobierno tomará las mismas medidas en caso de que se cumpla mañana la marcha convocada por algunas organizaciones piqueteras a Plaza de Mayo.

"La actitud es permitir las manifestaciones. La policía tiene que garantizar que su desarrollo... Lo que no vamos a permitir es que bajo ese pretexto, real en muchos casos, se dañen vidas humanas